

Malos Presidentes

Falla del Tapadismo

POR LORENZO MEYER

“**A**MO intensamente. Y he amado con verdad e integridad no sólo a todos los míos, sino a todos mis conciudadanos”. “Me creen inmensamente rico. No lo soy”. “Vivo —créame o no— acogido a la generosidad de mis amigos”. Frases como éstas abundan en la conversación que tuvo José López Portillo con Carlos Loret de Mola en Roma el 7 de febrero de este año y que aparecieron en *Siempre* hace un par de semanas. De entre los juicios más sorprendentes del ex Presidente destaca: “Yo no dejé al país derrotado. Lo dejé con sus estructuras económicas integra. Una crisis financiera, una crisis de caja, una crisis de liquidez. Las estructuras están bien”. Y para cerrar con broche de oro: “Yo no contraí las deudas. Las contraí el pueblo de México”.

★

DECLARACIONES como estas no le hacen bien a López Portillo ni al sistema. Al ciudadano común y corriente simplemente le confirman la sospecha —¿puede decirse certeza?— de que por seis años la más poderosa institución política del país, la Presidencia, estuvo en manos de una persona que, para decirlo suavemente, no fue ni con mucho la idónea para el puesto. El precio de este error de selección lo estamos pagando, y lo seguiremos pagando, muy caro... y en dólares.

Lo más grave del caso es que la Presidencia del México posrevolucionario —institución que se aseme-

ja notablemente a esa monarquía con un poder sin límite que alguna vez imaginó Hobbes en el *Leviatán*— ha estado en manos incompetentes más de una vez. López Portillo no es

un accidente sino algo más serio: uno de los últimos ejemplos de una falla estructural en el mecanismo de selección del partido oficial.

Como bien sabemos, en la designación del candidato oficial a la Presidencia y en su inevitable elección posterior no entran, para nada, consideraciones democráticas. Es un proceso que más se asemeja al soviético que al estadounidense. De todas formas, en lo pasado hubo ciertas condiciones y mecanismos que, sin ser democráticos, jugaron al menos el papel del crisol que separa a la escoria del metal. La condición fue aquella que obligó, de Madero a Avila Camacho, a todos nuestros presidentes a enfrentar con éxito, antes de serlo, situaciones límite. La violencia revolucionaria templó el carácter de nuestros presidentes y les hizo experimentar en carne propia toda la brutalidad que puede haber en el ejercicio del poder y que rara vez o nunca es vista por quienes sólo ascienden a la Presidencia usando los corredores de la alta burocracia.

DESDE Obregón hasta Miguel Alemán —con la excepción de los gobiernos del “maximato”— todos aquellos que llegaron a la Presidencia lo hicieron tras una lucha más o menos abierta con quienes desde las propias filas de la familia revolucionaria les disputaron el derecho de ser líderes. No hubiera podido decirse entonces que, entre los aspirantes a la Presidencia como entre quienes quieren aparecer en una fotografía, “el que se mueve no sale”. Por lo contrario, Obregón tuvo que moverse, y mucho, para evitar que los carrancistas o Pablo González le quitarán la posibilidad de gobernar; lo mismo sucedió a Calles en relación a De la Huerta o a Cárdenas respecto a Pérez Treviño, etc. Ahora bien, a partir de la designación que Adolfo Ruiz Cortines hizo de su sucesor, esta visible lucha interna fue sustituida por el “tapado”, o sea por el misterio. En la designación del sucesor, Ruiz Cortines y quienes le siguieron alcanzaron la cumbre del presi-

Malos Presidentes.- Falla del Tapadismo

Sigue de la página siete
dencialismo pero a un cos-
to: a partir de ese momen-
to se impidió que los pre-

sidenciables se hicieran vi-
sibles, tuvieran aciertos y
cometieran errores públi-

cos que sirvieran como una
prueba necesaria antes de
recibir el mando.

El otro mecanismo que se atrofió después de Alemán fue el de usar las gubernaturas o el gobierno del Distrito Federal como un campo de entrenamiento para los futuros presidentes. Recordemos que antes de asumir el Poder Ejecutivo, Carranza, De la Huerta, Calles, Portes Gil, Ortiz Rubio, Abelardo Rodríguez, Cárdenas y Alemán fueron gobernadores. Si Ruiz Cortines, López Mateos, Díaz Ordaz, Echeverría, López Portillo o De la Madrid hubieran tenido que ser responsables de administrar políticamente sus terruños por un sexenio, hubieran llegado mejor preparados para cumplir con sus deberes presidenciales o simplemente no hubieran llegado.

Ahora que el PRI se dice dispuesto a renovarse, debería considerar la conveniencia de reintroducir algún mecanismo de competencia interna, de prueba, que le evite entregar la Presidencia a incompetentes. Claro que esto es pedirle al PRI que encuentre la cuadratura del círculo, pues tal mecanismo significaría, por fuerza, disminuir el papel del Presidente en funciones en la designación de su sucesor. En fin, es claro también que ningún cambio en los procedimientos internos de selección de los candidatos del partido en el poder es sustituto adecuado a la elección mediante un proceso realmente democrático, pero entre nosotros y ahora eso es pura y simple utopía.